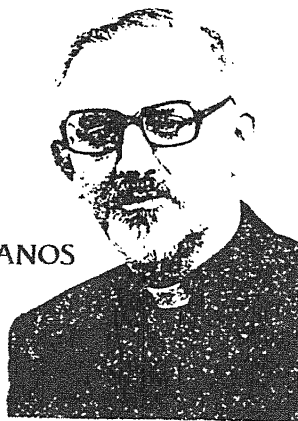


POBRES
EN LUCHA CONTRA
LA POBREZA

HOMILIA A LOS JESUITAS LATINOAMERICANOS

Peter Hans Kolvenbacn



Homilía pronunciada en Caracas el 12 de octubre de 1984 por el P.General de los jesuitas, con motivo de la reunión que sostuvo allí con todos los Superiores Provinciales de América Latina Septentrional.

No sé cómo expresarles mi gran alegría de estar por fin con ustedes en Venezuela, en América Latina Septentrional. Aunque esta vez los Provinciales que los representan absorben todo mi tiempo, espero que en los próximos años podré pasar de provincia en provincia, de comunidad en comunidad, para encontrarme personalmente con cada uno de ustedes y para descubrir con ustedes, en sus penas y en sus alegrías, la misión que hoy y aquí nos confía el Señor de la viña. Mi deseo de conocerlos y de escucharlos es tanto más grande cuanto que la voz de América Latina se hace oír en toda la Compañía, y que la Curia Generalicia ha debido pronunciarse sobre acontecimientos políticos y tomas de posición teológicas. La América Latina es la que ha abierto los ojos de los jesuitas al amor preferencial de los pobres y a la verdadera liberación integral del hombre como el enfoque prioritario de la misión de la Compañía hoy. Sin duda, por razón de las particulares circunstancias políticas y culturales, cada provincia pone -y debe poner- los acentos en modo diferente; pero el dos de febrero de este año el Santo Padre ha hecho que todos los religiosos prometan consagrarse a los pobres por medio de los votos, y en la introducción del reciente documento del Vaticano sobre la teología de la liberación la Iglesia confirma plenamente las orientaciones de las recientes Congregaciones Generales y la herencia espiritual del P. Pedro Arrupe.

Pero si, despertadas por la América Latina, la Iglesia y la Compañía ponen sus ojos en los pobres, al menos nosotros los jesuitas tenemos todavía mucho que a-

prender de nuestra espiritualidad fundamental, en la práctica pastoral y social de todos los días y al nivel de la reflexión. ¿No es verdad que, al celebrar esta Eucaristía, el Señor nos hace abrazar dos exigencias que parecen contradictorias: hacernos pobre y luchar contra la pobreza? No puedo comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor sin entrar en solidaridad con sus hermanos, y con sus hermanos preferidos, los pobres; no puedo recibir esta tarde el pan del Señor, sino haciendo carne con El y por El la bienaventuranza de los pobres. En la Eucaristía profesamos que sólo la pobreza que Cristo ha vivido y que el Evangelio exige puede conducir al hombre a su única bienaventuranza: ser rico de Dios. Pero por otra parte, ya desde las primeras comunidades de base cristianas, no era posible celebrar la Eucaristía sin luchar contra la pobreza pagando personalmente, vendiendo sus bienes y aun mendigando por solidaridad con las víctimas de la miseria, de la que con frecuencia el hombre mismo es culpable. He aquí las dos exigencias incompatibles desde el punto de vista de un sistema puramente político o económico, pero que la Eucaristía une y quiere unir en el fondo de nuestro ser: ser pobres con la pobreza de Dios, como un valor esencial del Reino, para combatir aquella pobreza que es un no-valor y que la lucha por la justicia debe suprimir.

El criterio verdadero y evangélico de nuestro compromiso por los pobres no es, pues, hacer o no hacer política; porque, en cierto sentido, la hacemos constantemente. Se trata de aprender a vivir plenamente la paradoja eucarística: sólo una persona pobre puede destruir la pobreza; lucha por la justicia, al servicio de los pobres, para buscar constantemente esa pobreza que el Señor canoniza y consagra en la Eucaristía. En nombre de la Eucaristía no tolerar la pobreza del pasado, predicada sin la lucha por la justicia; y no pelear la lucha presente por la justicia con detrimento de la pobreza que exige el Evangelio para estar con Cristo, el Hijo de Dios.

Es fácil sacrificar una de esas exigencias. Es decir, lanzarse exclusivamente a la lucha de clases o refugiarse exclusivamente en una desencarnada espiritualidad de pobre. En cambio, es difícil - y aun tenemos que confesar que apenas estamos comenzando a aprender, por medio del discernimiento apostólico y en la oración eucarística- mantener las dos exigencias, que solamente unidas en el Señor conducirán a la liberación integral del hombre, que es la ciudad de Dios-con-nosotros. En este aprendizaje, los jesuitas no podemos sino buscar valerosamente el camino, y habrá inevitablemente errores, vacilaciones y desvíos. Pueden ustedes estar seguros que nadie tendrá que dejar la Compañía por la única razón de trabajar con los pobres. Pero puede ser que alguno olvide la unión de las dos exigencias de su misión, que son, sin duda, en la política real de este mundo incompatibles o tan difíciles de integrar: la bienaventuranza de la lucha por la justicia, que debe suprimir la insultante miseria de los pobres, y la bienaventuranza de la pobreza misma, sin la cual no hay auténtica lucha por la

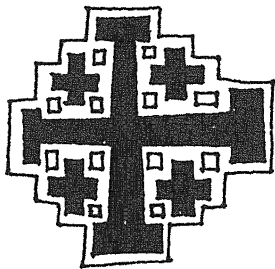
justicia, ni verdadera solidaridad con los pobres, ni verdadera liberación del hombre y de la sociedad.

Esta misión que el mismo Cristo nos confiere, por medio de la Iglesia, puede y debe ser vivida en los sectores apostólicos más diversos como indica la Congregación General XXXIII.

Sé que en las naciones de América Latina ha habido jesuitas que han logrado vivir en grado heroico, en el pasado y en el presente, desgastándose día a día en trabajos sin brillo, con persecuciones y aun con el sello de su sangre, esta paradoja eucarística. Que el testimonio de estos hermanos nuestros nos fortalezca en nuestro camino y nos anime en esta misión que nos pide el Señor.

Desde Venezuela, en esta Eucaristía que celebramos juntos esta tarde, con los ojos puestos en toda América Latina, aprendemos esa difícil misión que un documento de la Iglesia ha formulado así: "el Reino irapregna y atraviesa las liberaciones humanas, manifestándose en ellas; pero jamás se identifica con ellas". Unidos con todos los jesuitas, la Eucaristía nos dice esta tarde, en las más diversas lenguas y culturas de la Compañía:

"Siendo compañeros de un Señor que se ha dado como alimento, nunca podremos alimentar de verdad a los que tienen hambre de justicia sin darnos plenamente nosotros mismos".



EXHORTACION A NUESTROS OBISPOS Y A NUESTRAS AUTORIDADES DEL GOBIERNO DE NICARAGUA

Franciscanos de Nicaragua

Hermanos: les enviamos con aprecio y cariño un saludo a cada uno de ustedes. Los Franciscanos de Nicaragua nos hemos reunido en asamblea extraordinaria, presente el superior en C.A., para celebrar a dos hermanos nuestros: P. Rafael Herranz y P. Uriel Molina, en sus 25 años de sacerdocio.

La fiesta no habría podido ser plenamente franciscana si hubiéramos ignorado la angustia de nuestro pueblo, especialmente la que se deriva de los conflictos que hay entre Gobierno revolucionario y Jerarquía católica, quienes conciben de manera diferente la consecución del bien común en Nicaragua.